

La drogodependencia: un obstáculo real para la autodeterminación de los pueblos.

En las últimas décadas la drogodependencia se ha convertido en una epidemia que amenaza el futuro de la humanidad, y en los días que corren forma parte de los denominados problemas reales de la globalización. La problemática vinculada a la drogodependencia es uno de los peores obstáculos para avanzar en la línea del derecho de autodeterminación que, como dice el título de esta discusión, es la piedra angular para redefinir un mundo justo.

Efectivamente, en los últimos 60 años la drogodependencia se ha convertido en una epidemia de las sociedades del Primer Mundo y en los últimos 15 se está convirtiendo en un problema a escala planetaria. La vida en las grandes conurbaciones, desiguales insalubres y anómicas es uno de los factores determinantes para la extensión de esta epidemia. Desde el punto de vista económico, todos los elementos que se vinculan a la precarización a escala planetaria coadyuvan a su extensión, dada la creciente necesidad del capitalismo de extraer la máxima plusvalía a todas las masas trabajadoras de cualquier rincón del mundo.

Las drogas se han convertido en productoras de enfermedad, así como objeto de uno de los mercados clandestinos más importantes de la economía, que, junto al de las armas, la pornografía o las piedras preciosas, conforman este conjunto de actividades económicas, que han venido a denominarse *economía informal*.

Las drogas han sido y son de forma creciente un arma de dominio y de control social sobre los pueblos y las clases oprimidas, que ha mostrado una enorme eficacia en la destrucción de las identidades colectivas de muchos pueblos del planeta. A partir del momento de la dominación del modo de producción capitalista, han servido para liquidar las luchas de defensa contra las formas de imposición de la categoría de mercancía, como elemento vertebrador de la actividad económica y social.

La conquista de América puso por primera vez encima de la mesa el rol de una droga, el alcohol, como arma de destrucción masiva de las culturas precolombinas, instituyendo la ingesta de destilados procedentes de la metrópoli, como una fuente de enfermedad y muerte para muchos miles de personas.

El uso de la coca en las zonas bajo dominio inca, se quebró cuando los españoles la usaron para estimular hasta la extenuación a aquellos que trabajaban en las minas de plata del Cerro del

Potosí, pasando por todas las extracciones de estaño, hierro, fosfato, maderas, etc.

A mediados del siglo XVIII, los ingleses forzaron el comercio del opio en el marco del varias veces milenario, imperio chino y una costumbre minoritaria, que parece ser tenía su origen en la isla de Formosa, fumar opio, se extendió por todo el continente, dando lugar a una epidemia de fumadores de opio, totalmente enganchados, situación que dio lugar a las sangrientas guerras del opio y se prolongó durante todo el siglo XIX, hasta la conquista del poder por el Partido Comunista chino.

En aquellos años, en Europa, la primera Revolución Industrial, presentó otra epidemia de alcoholismo que, junto a la de tuberculosis, forman parte de sus signos de identidad.

En nuestro siglo, hemos podido ver como multitud de miembros de pueblos oprimidos, han devenido consumidores de drogas hasta poner en peligro la misma continuidad de las sociedades en las que viven. Negar, pues, la eficacia de las drogas como armas de control social actualmente ya no tiene sentido. Lo que ocurre es que, este problema, las fuerzas revolucionarias y de la izquierda no lo han examinado, según nuestra opinión, de forma conveniente y rigurosa.

En primer lugar observamos que muchísimas aportaciones, todas ellas necesarias, han quedado reducidas al abordaje de los problemas estrictamente económicos y a establecer algunas vinculaciones políticas a partir de éstos. Este abordaje es muy importante, pero no explica en su totalidad las determinaciones del fenómeno y, además, fuerza a menudo la construcción de un discurso causal fundado en un grosero economicismo. Un ejemplo de este reduccionismo economicista sería decir que "estar en paro genera tabaquismo" y que esto es "una prueba de la ferocidad del capitalismo". Si bien es cierto que las personas paradas tienden a fumar mucho más que las no paradas, la categoría socioeconómica de "persona parada" no nos garantiza necesariamente la explicación causal de una adicción.

En segundo lugar, otras aportaciones han examinado el rol de las drogas como armas de control social, los aspectos militares vinculados a su uso, las conexiones entre el narcotráfico y la extensión del Imperio Americano, los usos de las drogas por los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, como elementos para la reducción de los procesos de lucha, en las sociedades en las que dominan, para seguir con la jerga *made in Usa*:

conflictos de baja intensidad. Un ejemplo excepcional sería la masiva extensión de la heroína en Euskadi y, en menor grado, por muchísimos pueblos de la periferia de la conurbación de Barcelona la inmensa mayoría de los cuales estaban en manos de las diversas familias de la izquierda reformista.

En tercer lugar, algunos estudiosos han remarcado el rol que juegan las sustancias psicoactivas de la cultura de los dominadores a la hora de la eliminación del acervo cultural de los pueblos oprimidos, entre el que se encuentran unas sustancias que los caracterizan. Efectivamente, esto es tan viejo en la historia que, los pueblos sometidos, muchas veces se han *asimilado* a la cultura de los dominadores, de la misma forma que las clases oprimidas asimilan como propios los elementos de las clases dominantes. Así pues, las sustancias psicoactivas propias de una cultura desaparecen bajo el influjo de las impuestas por los dominadores. Mientras que las primeras se enraizaban con la medicina, la tradición y los rituales, las segundas han jugado muchas veces un papel esencialmente destructivo.

En la actualidad, este aspecto se manifiesta también en las desiguales relaciones entre sexos: investigaciones de feministas y de epidemiólogos nos han mostrado que el patriarcado ha introducido, vía sobrevaloración de los valores de la masculinidad, consumos de sustancias psicoactivas en las mujeres que entran en el campo de la patología. Probablemente el caso mejor estudiado, es el relativo a los usos del tabaco entre las mujeres del primer mundo y de algunas zonas de los llamados países en vías de desarrollo.

Todos estos caminos, si bien han abierto campos muy productivos de investigación, mantienen una forma alienada de examinar la categoría *droga*, porque la droga es una cosa y no un ser poseedor de capacidad para invadir pueblos, destruir naciones o matar personas. Enunciaremos dos tesis esenciales para arrojar alguna luz sobre esta epidemia y así, poder comprender mejor el problema político que está insito en la drogodependencia.

La primera nos dice que *el ser humano es un ser radicalmente dependiente, tanto desde el punto de vista biológico, como psicológico y social*. Si algún ser vivo no puede ser considerado separado de los demás, éste es el ser humano. El ser humano, por su naturaleza, es un ser radicalmente dependiente a todos los niveles y durante toda su vida, particularmente durante la infancia y la adolescencia. Por esto se han de rechazar por burguesas las categorías de ciudadano, individuo y otras de parecidas, justamente porque rechazan estructuralmente la condición de la radical precariedad propia de la especie, que requiere de

los demás para llegar a la condición de ser psíquico y social, es decir de ser un sujeto (que esta sujetado, vinculado a los demás).

Los seres humanos pertenecemos a pueblos, a comunidades que nos sirven de útero social a través de las mediaciones de la vida cotidiana y de la inserción de éstas en las categorías básicas que nos conforman como seres humanos: las de sexo-genero, las de clase social, las vinculadas a la lengua materna, el código moral y las vinculaciones entre tecnología y lenguaje históricamente determinadas. Somos seres antropológicamente

dependientes. La dependencia no es una degeneración ni una patología, sino una condición del ser humano. Sólo en determinadas condiciones sociales, esta condición puede devenir patológica. Algunas han sido examinadas mas arriba. Esto nos pone en condiciones para enunciar la segunda tesis de nuestra contribución.

La segunda tesis nos dice que: *El problema no son las drogas sino las personas que tienen problemas. La naturaleza de éstos es de naturaleza social o de naturaleza psíquica, personal, intransferible.*

Son los seres humanos quienes, negativamente, usan las sustancias psicoactivas a título individual, como lubricante psíquico para, a través de comportamientos complejos, calmar malestares y anestesiarnos por la vía del consumo intensivo o compulsivo. Son procedimientos que no están vinculados a la vida y al goce, sino a la necesidad de autodestrucción que hace presa en determinadas personas de una nación, de una comunidad, de una clase social, si se dan determinadas condiciones *exteriores* (guerra, ocupación, paro masivo, por ejemplo) o *interiores* (por poner varios ejemplos, el dolor por la ausencia o la muerte de seres queridos o las tensiones relativas a las vivencias, fantasías y frustraciones que tienen su sede en la mente de cada ser humano).

Frente a la dificultad de escapar físicamente de las primeras y a la imposibilidad de huir de las segundas –uno no puede huir de sí mismo- nos refugiamos en comportamientos compulsivos que encuentran su mejor parangón en los usos adictivos de sustancias psicoactivas, de auténticos *quitapenas*. Los ejemplos expuestos anteriormente ilustran perfectamente condiciones relativas al primer grupo, las externas a cada ser humano. Es fácil entender bajo este prisma los efectos del alcohol en América o durante la primera Revolución Industrial.

Pero para muchísimos militantes, el segundo grupo, el relativo a las condiciones internas, no resulta tan transparente ni comprensible, sino una mera derivación del primero, cuando tiene una serie de

características muy específicas. Es evidente que existe una íntima vinculación entre ambos, pero nos parece importante detenernos en este segundo grupo y darle una mayor entidad, que nos ayudará a comprender que, a fin de cuentas, el dolor psíquico siempre es una vivencia de cada sujeto.

Pero sin determinados procesos identificatorios estructurantes que se han realizado por la vía inconsciente y no son comparables a meras imitaciones, las "formas de hacer" frente al dolor psíquico que emerge de cada ser humano y, lo que es más importante, las "palabras para decirlo" son también un resultado social. Un ser humano que haya nacido en un medio rico en símbolos y que da valor a la vida mental podrá referirse a las diferentes configuraciones de sus estados de ánimo, a sus afectos y a los problemas que pueden tener la sede en su psiquismo. Sabrá buscar en sí mismo qué causas podrían ser las de su dolor moral o lo que es más importante, sabrá buscar una ayuda adecuada. Se impone, no obstante, una acotación: de todas las enfermedades, las vinculadas a la mente son las más difíciles de descubrir y tratar.

Obviamente, no pueden ocurrir estas cosas si el ser humano ha nacido en un medio pobre en símbolos, donde la capacidad de introspección brilla por su ausencia y donde hay una pobre regulación de los afectos. Cuando un medio social es anómico, asimbólico y alienado, la capacidad para procesar el dolor psíquico se reduce espectacularmente y las personas que viven en estos ambientes son muchísimo más frágiles frente a las situaciones que no pueden comprender. No ha de extrañarnos que se conviertan fácilmente en personas candidatas a la drogodependencia.

Las elaboraciones de muchas organizaciones y frentes revolucionarios, han examinado con poca profundidad los mecanismos internos de constitución del ser humano como ser social. Una desviación del marxismo, el estalinismo, impregnado de un economicismo manifiesto, y de una nula comprensión del ser humano como ser biológico y social, planteó durante décadas que, frente a cualquier acto de ocupación, explotación o de alienación, de forma casi inmediata, luchaba contra aquel estado de cosas. Se suponía que el explotado tenía una percepción casi directa de su estado o que la persona alienada, mediante cuatro sacudidas de ideología revolucionaria, tomaba conciencia de su alienación y luchaba contra una situación a todas luces intolerable.

Este posicionamiento no resiste el menor análisis antropológico, psicológico ni histórico, porque, lo que la experiencia nos enseña es que, cuando los seres humanos son puestos a prueba, muy a menudo, no responden con la lucha como parecería deseable.

Se podrá argumentar que la ideología, en su sentido fuerte, entendida como falsa conciencia necesaria, imprescindible para la cohesión social, ya cumpliría este papel anestésico, y que su función es, justamente, alienar al ser humano. Pero aquí estamos hablando de situaciones históricas y políticas, que implican una sobrecarga de represión, de violencia y de fractura de las mediaciones de la vida cotidiana.

Esta sobrecarga de represión y de violencia, que procede del exterior de los seres humanos, es introyectada por cada sujeto de forma diversa, en función de cómo ha interiorizado las categorías sociales relativas a la ley, la autoridad, la tradición simbólica, qué aspectos concretos de confrontación ha vivido en su marco de vida cotidiana, etc., en una palabra, cómo se ha constituido como sujeto psíquico. Es obligado añadir el conjunto de idealizaciones sociales, proyectos colectivos y formas de ser y actuar de los pueblos, porque en estos elementos que se transmiten por la vía de las identificaciones estructurantes, los niños de un determinado útero social, vivencian como natural y deseable vivir y luchar por determinadas ideas, formas de vida, proyectos de futuro o formas de moralidad, como hacen los mayores que les rodean. Solamente así queda garantizada la continuidad de una sociedad pero asimismo, la posibilidad de su cambio. Solo se pueden cambiar las estructuras y las normas a partir de estructuras y normas anteriormente introyectadas en la infancia. Desarrollar este tema desborda el marco de esta contribución.

Estamos señalando que el ser humano, como ser simbólico y normativo, necesita llevar en su cabeza la *categoría de ley*, la *noción de autoridad*, así como el conjunto de contenidos y representaciones de la tradición, de todos los juicios de valor que persisten a través de muchas generaciones. Si estos procesos de construcción simbólica no se han realizado de forma adecuada, el monto excesivo de violencia, genera un dolor que no es tramitable por el psiquismo de muchos sujetos que, imposibilitados para realizarlo, usan las sustancias psicoactivas de forma autocalmante y, así, lubrican los malestares internos, que cada vez los apremian con mayor insistencia.

En otras palabras, una sociedad rica, desde el punto de vista normativo y simbólico, estará más protegida que otra sociedad en la que la pobreza simbólica y la anomia dominen el horizonte y produzcan un contexto en el que los vínculos de dependencia entre los sujetos se han aflojado, la categoría de ley está en entredicho y las idealizaciones sociales brillan por su ausencia. Es, en este contexto, cuando la función de la ideología resulta insuficiente para funcionar como anestésico, y nos sentimos más desprotegidos a título individual, buscando refugio en las sustancias que cambian nuestras

condiciones psíquicas que son, después de la religión, el mejor sistema para aplacar el malestar a corto plazo.

La religión ha sido uno de los elementos más importantes en la estructuración de la ideología de las sociedades, probablemente el más importante, pero la religión nació en sociedades en las que primaba el valor de uso, y su función se integraba en la lógica del "lubricar" el malestar del "más acá", garantizando el placer y la beatitud en el "más allá". Una de las funciones de la religión ha sido, justamente, la de trasladar la realización del bienestar y la felicidad al futuro, llevando hasta sus últimas consecuencias una de las funciones esenciales de la educación, que es la de pasar de la satisfacción inmediata a la satisfacción diferida y ritualizada en las formas.

En las sociedades actuales, la primacía de la mercancía y las concepciones del tiempo, la educación y el placer que de ella se derivan, comportan que el acceso a la satisfacción tenga que hacerse de la forma más rápida posible, de tal manera que la lógica de la valorización penetra en todos los ámbitos de la vida cotidiana. También los mecanismos para lubricar el dolor psíquico se han de activar de forma inmediata, sin ninguna tramitación que retarde, por la vía del pensamiento racional, la obtención de la anestesia, insistentemente deseada, frente a situaciones insoportables.

Cuando la drogodependencia se ha convertido en una epidemia que afecta a muchos miembros de una comunidad, los elementos que condicionan la práctica política quedan puestos en entredicho, porqué, efectivamente, las personas cuya vida gira alrededor del consumo compulsivo de sustancias psicoactivas, no están en condiciones para tomar posición y luchar por aquellas cuestiones que les incumben de forma directa.

Asimismo, como ocurre en cualquier otra enfermedad epidémica, existe un gran desgaste psíquico y social por parte del resto de miembros de la comunidad, para hacer frente a las demandas de las personas adictas, mecanismo que desactiva, también, la capacidad de intervención política de este grupo de la sociedad. Este punto suele ser tenido muy poco en cuenta, máxime si consideramos que, este tipo de patologías, son muy desconocidas aún y, tanto los profesionales de la salud como las personas que rodean a los

afectados, tienen pocos instrumentos teóricos, técnicos y afectivos para hacerles frente.

Los frentes antiimperialistas de liberación nacional, las organizaciones revolucionarias y los frentes democráticos, vieron la amenaza que representaban las drogas, pero no pudieron ver, probablemente porque no lo conocían, *la magnitud del problema de la dependencia convertida en patología*. Han luchado correctamente contra el narcotráfico, los consumos de drogas y sus puntos de venta, han perseguido militarmente a quienes desde los aparatos de los estados dominadores las usaban como arma de destrucción masiva y han desenmascarado a los apologetas del libre consumo, a sus propagandas y publicaciones, muchas de las cuales la experiencia ha demostrado que estaban sostenidas por los fondos de las cloacas de los estados. Pero toda esta lucha imprescindible, al no estar guiada por un conocimiento de la naturaleza dependiente del ser humano, ha desplazado el problema hacia otras patologías de la dependencia porque este fenómeno es tan complejo, que la drogodependencia solamente es una de sus múltiples manifestaciones.

El común denominador de estos procesos patológicos severos, se encuentra en lo que se denomina *la compulsión a la repetición*, investida de una carga fuertemente tanática. Esta compulsión deviene el eje de funcionamiento del psiquismo de los sujetos psicodependientes y sociodependientes. Toda su vida gira alrededor de esta actividad donde el pensar brilla por su ausencia.

Una de las manifestaciones más peligrosas de estas patologías de la dependencia es el sectarismo, que implica la adscripción del sujeto dependiente a grupos organizados que funcionan como útero social substitutorio, que separa más aún si cabe a los sujetos de su comunidad originaria. El sectarismo toma diferentes formas en la dinámica de la dominación y son bien conocidos los deletéreos efectos que ha tenido y tiene en la anulación de la conciencia de pertenencia y de incardinación en un determinado nivel de conciencia política.

En resumen, se hace muy difícil pensar en el ejercicio del libre derecho a la autodeterminación, cuando en las condiciones sociales de un pueblo han hecho presa las patologías de la dependencia en sus diversas manifestaciones hasta convertirse en epidémicas.

Oriol Martí Casas

Mayo/Junio 2005